

NOTAS

Paul Claudel

— I —

Pierre Trahard ha escrito recientemente un extenso ensayo sobre el misterio poético, cruzado de profundas sugerencias. En un examen agudísimo, clarividente, asalta el tema por todos sus costados y llega hasta el umbral del castillo mágico. Al estudiar las más sugestivas direcciones de la poesía moderna, debe anotarse cómo éstas acaban por hundirse en lo nebuloso y desconocido, en el mundo fascinante de los sueños, en las zonas siempre inexploradas del alma, en el revés del aire, en los vagos paraísos hacia donde canta nuestra sangre: en otros mundos superiores apenas intuidos, apenas entrevistados por sorpresa con los ojos ausentes del entresueño. Así, adquiere la poesía un alucinante aspecto de aventura, de ingreso al sueño, de peligrosa exploración.

Resulta, pues, que en la experiencia poética intervienen, como levadura esencial ciertos estados espirituales vecinos a la elación, a la ausencia de sí mismo, que escapan al exacto vigilar de la inteligencia: plegaria, arrobamiento, transporte, melódico silencio. Y este elemento encantado es visible en poetas de tan insospechable anti-misticismo como Paul Valery. Ya en el amanecer de los diomas en la infancia del canto, se atribuyó una calidad religiosa al poeta y esta palabra tuvo siempre un sentido cercano, a veces idéntico, al de mago, profeta y adivino. David, Ezequiel, Homero, Dante, Hugo, resumieron la actitud religiosa de su tiempo, expresaron el ansia colectiva de una raza, de un siglo. Novalis lo ha constatado en sus célebres fragmentos al calificar al poeta de “médico trascendental” y al decir: “el mundo humano es el órgano común de los dioses. La poesía les une con nosotros”.

— 175 —

Ha sido frecuente también el identificar, observa Trahard, la poesía con la plegaria. Lo hizo Francis Jammes apuntando simplemente en sus "Geórgicas cristianas": "no hay un poema igual a la oración"; y Jacques Maritain resuelve el problema demasiado fácilmente, cuando exclama en "Frontières de la poésie": "la poesía, Dios mío, eres Tú". Así se llega a establecer el misticismo como un aspecto de la experiencia poética y, todavía más, a confundir en una sola dos actitudes: la mística y la poética. Bremond y Paul Claudel son quizá los dos más famosos mantenedores de esta teoría: el último dice que plegaria y poesía se confunden porque una y otra quieren reducir las cosas a su esencia pura que es la de ser creaturas y testimonio de Dios.

— II —

El ensayista que hemos citado ya avanza al respecto las sagaces sugerencias que aquí traduzco: "la oración conduce al éxtasis, que es un estado semejante extremado hasta el arrobamiento, hasta el incendio interior, hasta la incorporación al misterio: pues la poesía es un éxtasis. El misticismo consiste en hallar de nuevo una sensación elemental primitiva: pues la poesía busca también esta sensación. El misticismo nace de una inquietud: la poesía nace de la misma inquietud. El misticismo es amor: y la poesía, pues también es amor, es mística, y todas las místicas se funden en ella. El misticismo es una necesidad de comunión que exige una dualidad, suprime las fronteras entre el mundo exterior y el mundo interior, crea el universo a su imagen, intuye la unidad cósmica y psíquica: la poesía obedece a la misma necesidad y opera según los mismos procesos espirituales. Los dos son la negación de la vida habitual, los dos son un grito hacia el universo, un esfuerzo para reconstruir la unidad inicial, por lo tanto, un retorno a la mentalidad primitiva, un "elan" vital que busca superar la creación y liberar al sér humano: niños, héroes, santos y poetas provienen igualmente de la mística".

Generalizando este razonamiento podría llegarse a la conclusión de que el arte es la mística por excelencia. Y llegar también, con Bremond, a identificar al poeta y al contemplativo, pues éste, como aquél, "pasa del yo superficial, al yo profun-

do y saborea los goces de la espera, que son más intensos que los de la realización y penetra en la zona en donde fermenta la semilla. La poesía se convierte así en un acto de conocimiento irracional, abandonado al inconsciente, pero consciente de su abandono".

Desde luego, es necesario tener muy en cuenta que la noción de "mística" está muy vagamente definida o, para ser más exactos, casi tan indefinida como la de poesía. Etimológicamente la palabra está emparentada con misterio; e inicialmente significa cerrar, guardar un secreto. Místico y escondido fueron sinónimos para Francisco de Osuna. Y San Juan de la Cruz afirma que la teología mística "enseña la manera de que el alma participe por el amor de la contemplación de Dios de modo **callado y secreto**". Los místicos españoles, en general, no redujeron a conceptos exactos la cuestión y naturalmente no es del caso entrar en ella con mayor intensidad. Es preciso también tener presente que, en un sentido muy vago y general, se habla de mística budista, israelita, islámica, y se incorporan al misticismo las formas menos puras de la aspiración tolstoiana, nietzscheana, bergsoniana, maeterlinckiana... Y quiero también apuntar que numerosos indagadores del asunto, entre ellos el exigente tratadista Ludwig Pfandl reducen el problema a contornos estrictos desde un punto de vista simplemente religioso cristiano: "la mística es algo más serio e íntimo, un estado de alma que no nos es regalado entre sueños, sino que, cuando es asequible, ha de ser laboriosamente obtenido, fruto no sólo de extraordinaria piedad, de soberano dominio de todos los afectos, y de profundo conocimiento de la propia psiquis, sino también de una disposición especial y de cierto estado religioso de elección. Expresándolo en una fórmula concisa, en lo posible, es la unión del alma con Dios, en la vida presente, la terrenal participatio visionis beatificae".

— III —

Estas consideraciones elementales y superficiales sobre asunto tan extenso y profundo como es la mística surgen naturalmente en torno al nombre de Paul Claudel, situado hoy unánimemente como el mayor poeta cristiano de este tiempo. Así como Valery

desciende en línea directa de Racine y Mallarmé, la lírica claudeliana tiene su más exacto ascendiente en Rimband. Las raíces de su canto parecen haberse nutrido en los grandes poetas de acento unniversal: Esquilo, Dante, Shakespeare, Calderón. Fernand Greggh lo llama "un Bossuet que hubiera leído a Rimbaud". Hay en sus poemas y en sus dramas un ancho aliento bíblico. Por su pujanza poética, por su prodigiosa fuerza expresiva, por su inimitable sencillez y ternura, por su profundidad tan humana y tan divina, nos da la impresión, a veces, de un profeta parado en medio de los siglos, otras veces de un primitivo trovador transido de efusión cristiana, o un balbuciente romero del siglo XIII, o un asombrado arquitecto del tiempo gótico. En su poesía las palabras parecen recobrar, limpias de elaboración y de intenciones mentales, su primitivo sentido cristalino, su vibración original, su fragante vigor antiguo. Y se ordenan, dentro del poema desatado, en algo que pudiéramos llamar un ordenado torrente. De él puede decirse cabalmente que canta como respira, pues, ha querido acordar su poesía al ritmo de la respiración, ritmo humano, fisiológico. Escribe Claudel en amplios versos, versículos más bien, que tienen un ritmo profundo, libre, exultante, poderoso, como de ola o río de banderas. Ritmo palpitante de vitalidad poética, de imágenes directas y desnudas. En su desatada fuerza fulgurante radican los defectos que algunos críticos, entre ellos Pierre Lasserre, le anotan: frecuente incoherencia, descuidos sintácticos, deliberada oscuridad.

— IV —

La actitud de Claudel ante la vida es fundamentalmente la de un cristiano. Parece sentir que todo los seres pasan a través de su sangre y se alzan en ella como en anhelante surtidor en alabanza de Dios. En su voz, ofrece las creaturas a su autor. Cuando canta la humilde vida cotidiana, ésta parece levantarse, embellecida, a un plano sobrenatural. Quiere ser el puente melodioso entre su Dios y el corazón del hombre. A veces, abandona su acento sibilino y alcanza una ternura tan tierna y delgada como lágrima o sonrisa; así en esta incomparable oración a la Virgen, que hoy publicamos, en donde ésta parece tan próxima, tan cercana, tan madre, como nuestra madre. Y habla así a Dios, sublime-

mente: "Vous qui nous répondez par les paroles memes qui nous vous adressons".

Toda la obra de Claudel es un amoroso acto de fe católica: "Yo dormía, acostado como un muerto en la noche. Dios dijo: ¡hágase la luz! Y me desperté como se lanza un grito". Para él todos los seres y las cosas, unidos en el tiempo y el espacio, contribuyen a la armonía total del universo. Misionero y apóstol, lo llama Jacques Rivière y añade: "exige nuestra alma para ofrecerla a Dios". Hombres como Claudel anota otro célebre escritor francés, permiten a este siglo hacer dignamente acto de presencia ante la historia.

Diplomático, Claudel ha viajado largamente por Europa, América y Oriente. Su obra, muy extensa abarca los dominios de la poesía, el teatro y la prosa de intención filosófica. He aquí los títulos más salientes: "Poèmes de guerre"; "Cinq grandes odes", "Feuilles de Saints", "Ecoute ma fille"; "La Jeune fille Violaine"; "L'Echange", "L'Otage", "L'Annonce faite a Marie", "Tête d'or", "Art poétique", "Positions et propositions", "Connaissance de l'Est".

Alguno pudo decir que realmente desde que Claudel tomó la pluma jamás ha escrito otra cosa que Dios. Así, su canto, su alabanza, se vuelven hacia el cielo como un bosque patético, perfumado y ardiendo.

EDUARDO CARRANZA

